

BALANCE ELECTORAL

PUJOL LLAMO «LEAL Y GENEROSO» A GARRIGUES

ESCENAS ELECTORALES

Cuando Cataluña aplaudió a Madrid

Federico Jiménez Losantos

Barcelona **M**AS de trece mil kilómetros ha recorrido *Miquel Roca* en una campaña electoral que empezó en Barcelona y terminó en Madrid. Ha sido el líder que más España ha recorrido, y, sin embargo, aún no ha llegado del todo: la distancia entre Madrid y Barcelona, Barcelona y Madrid, sigue siendo para muchos de más de trece mil kilómetros, y no es fácil cubrirla en tres semanas.

Estaba el campo de fútbol repleto en las gradas y en el césped, con la gente sentada en el suelo una vez agotadas las sillas. Detrás de una de las porterías un escenario mironiano, mediterráneo, blanco con dibujos abstractos rojos y amarillos. Calculaban entre veinticinco y treinta mil el número de asistentes venidos de toda Cataluña.

El partido de *Pujol* y *Roca* había querido demostrar su capacidad de movilización, y un verdadero ejército de autobuses llegó de todas las comarcas. Venían del Penedés y del Vallés, del Ampurdán y de la Terra Ferma, de los Pirineos y de Tarragona, de los barrios de la zona alta de Barcelona y de los del cinturón industrial.

El aspecto del asistente medio al mitin de *Roca* era, por decirlo en una palabra, muy catalán. Gente de clase media, media-baja o rural relativamente acomodada, sin millones pero sin hambre, ordenada, discreta, en grupos perfectamente organizados para colocarse bien en el estadio y con un alto índice de banderas catalanes per cápita, incluidas algunas de los «Països Catalans», esos a los que *Roca* renunció en Valencia simbólicamente para hablar de «construir España».

La durísima campaña de *Roca* vivía en esas horas catalanas su momento más crispado. Los nacionalistas radicales le reprochaban acremente el españolismo de su «operación». Los del PSC-PSOE escribían en la Prensa catalana artículos contra el reformismo —el más curioso, uno de cierto senador llamado *Ferrer*, al que su fervoroso catalanismo nunca le ha impedido obedecer fielmente a *Alfonso Guerra*, y que titulaba su texto contra *Roca* «Eso no te lo perdono».

El PSC-PSOE pagaba espacios publicitarios en la Prensa de Barcelona en los que se leía: «*Miquel, para ir a Madrid no hace falta que te cambies el nombre*» (los roqueros, indignados, recordaban que *Serra* sigue firmando *Narciso* en el «BOE»).

La Esquerra insertaba como publicidad un chiste burlándose del slogan reformista «*La otra forma de hacer España*». Y había gran expectación por ver la reacción de las bases convergentes ante el reformismo y la campaña contra él.

Trias Fargas, al que se han quitado de encima enviándolo al Senado, hizo un discurso griton en el que parecía contradecir el espíritu reformista. Pero, como de costumbre, no se le hacía caso. Todo el mundo esperaba el discurso de *Pujol* que, por primera vez, no iba a cerrar un mitin, cediéndole a *Roca* el lugar de honor.

El carisma del actual presi-

dente de la Generalidad sigue incólume, pero en lugar del desahogo épico-lírico habitual en su oratoria escogió un estilo apologético-didáctico para que la muchedumbre cuatribarrada comprendiera la apuesta reformista, para que una catástrofe electoral —siempre posible— no significara, en el seno del partido mayoritario catalán, una crisis política gravísima.

Repetía *Pujol* que Cataluña siempre ha sido adelantada de la modernidad entre los pueblos de España, y de la europeidad, de la industrialización y otras gollerías. Que nunca el

nacionalismo catalán había renunciado a participar seriamente en la política del Estado —aunque *Pujol* ya dice España, como *Roca*, sigue usando más lo de Estado—, que, desde su propia personalidad, ahora el catalanismo emprendía una colaboración fecunda con el sector más abierto de la política española, y entonces pidió una ovación para *Antonio Garrigues*, presente en el acto, al que llamó «*lleial y generós*».

El campo se venía abajo como si *Antonio Garrigues* hubiera marcado el último gol de *Calderé*. Después del *Buitre*,

Garrigues es el madrileño más aplaudido en la Ciudad Condal.

Roca fue más lejos. Demasiado lejos, para muchos, a fin de que otros lo consideren más cercano. Además de explicar el proyecto reformista, de criticar al felipismo —reunido a la misma hora en la plaza de toros— y de exponer su programa de Gobierno entre las ovaciones de rigor, terminó diciendo que su agradecimiento a la gente de Convergencia, al catalanismo popular, por la confianza depositada en él, era impagable, pero que él tenía un grado de

compromiso todavía mayor con la gente de Andalucía y de Madrid, en donde cerraría la campaña, que habían aguantado una campaña durísima en contra por haber elegido un posible presidente catalán.

Y allí estaban las muchedumbres pujolistas aplaudiendo no sólo la futura solidaridad con Andalucía, sino, milagrosamente, con Madrid. *Roca*, que está obsesionado por las acusaciones de doble lenguaje, insistió en lo de Madrid, y en que aquí diría exactamente las mismas palabras. Y los nacionalistas seguían aplaudiendo.

El mitin acabó con *Felipe Campuzano*, que entre canción y serenata, soltó un improvisado discurso haciendo la apología del liberalismo y de la selección española de fútbol. Y los nacionalistas, aplaudiendo.